



EL 22 DE OCTUBRE DE 1901.

Inauguración del Congreso Pan-Americano.—Recepción en el Palacio Nacional.
Serenata y fuegos en la Plaza de la Constitución.

SERA siempre de grata remembranza para los mexicanos, el 22 de Octubre de 1901, fecha en que de una manera oficial, penetraron por primera vez al Palacio de la Nación los representantes de los pueblos del Continente de América, á la voz de nuestro Primer Magistrado, convocando á levantar el grandioso monumento del siglo, á la Paz y á la Fraternidad universales. Será siempre de grata remembranza ese día, porque entonces se inauguraron los trabajos de la 2ª Conferencia Pan-Americana, en la capital de la República, hecho muy halagüeño para nuestro país, que alcanzó la respetabilidad necesaria, para que se le juzgue digna de ser el asiento de un Congreso Internacional.

La ceremonia de inauguración, sencilla y solemne, se efectuó á las cuatro y minutos de la tarde, con asistencia de todos los Delegados, en el Salón de Sesiones de la Conferencia. Dicho salón, guardado por grandes puertas que lucen limpios y brillantes adornos dorados; con rica alfombra carmesí; de lambrines de maderas preciosas y mármoles negro-jaspe; tapizados sus muros de seda verde y oro; de columnas de granito sosteniendo la techumbre; con sus alegorías, representando el Comercio, la Industria, la Minería y la Agricultura, y con sus escudos y artísticas molduras que se destacan en el *plafond*, estaba imponente.

La distribución de los muebles estaba así: En el fondo y á una altura conveniente, se colocó sobre un plisé de seda carmesí obscuro, un simbólico escudo, en cuyo centro se leía en caracteres de oro: "Pax Lex," rodeado por pequeñas banderas de todas las naciones del nuevo continente. Tres sillones ante una mesa-escritorio ocupaban los lugares de honor, destinados al Presidente, Vice-Presidente y Secretario general de la Conferencia.

A la derecha, en el ángulo del mismo extremo, una línea de asientos para los Señores Secretarios de Estado, y á la izquierda, sillas y mesas para Secretarios de la Conferencia, escribientes y estenógrafos. Dos tribunas en la parte delantera de la plataforma, y en el resto del salón sillones y bufetes de caoba, provistos de recados de escribir, sobre carpetas de perfumado cuero de Rusia con canteras de plata labrada y un monograma del mismo metal, enlazando artísticamente las iniciales C. P. A.

Con puntualidad diplomática se presentaron los Conferencistas poco antes de las cuatro de la tarde y tomaron asiento en los lugares señalados de antemano. Momentos después, el Sr. Lic. Don Ignacio Mariscal penetraba al salón para presidir el acto inaugural.

Puesto de pie el referido Señor Mariscal, en medio de un silencio solemne, dió lectura al discurso que engalana las primeras hojas de este libro, produciendo su trabajo una excelente impresión en el ánimo de todos los circunstantes, según nos fué dable comprobar después.

El Señor Lic. Mariscal, indudablemente sentía aquel instante una gran satisfacción al recoger el fruto de sus trabajos diplomáticos, llevados á cabo de tan sabia manera, hasta allanar los obstáculos que presentaba la concurrencia de los representantes de toda la América á un Congreso de la magnitud del que nos ocupa.

Conocida es igualmente de nuestros lectores, la contestación al discurso del Señor Mariscal, pronunciado por el Señor Doctor Don Isaac Alzamora, quien en tan notable pieza oratoria, dicha con buena entonación y con interés escuchada, supo interpretar los deseos de sus colegas.

Al terminar el Señor Delegado del Perú, el Señor Mariscal, Secretario de Relaciones y Presidente de la Asamblea, hizo esta declaración:

“En nombre del Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, declaró solénnemente inaugurados los trabajos de la Segunda Asamblea Pan-Americana.”

Acto continuo, siguieron algunos trámites que pasamos por alto, y concluida la sesión inaugural los señores Delegados se dirigieron á los departamentos de la Presidencia.

El Presidente de la República y sus Secretarios de Estado, esperaban en el Salón Amarillo á los miembros de la Conferencia que iban á serles presentados por el Señor Ministro de Relaciones. Este funcionario, en breves palabras lo hizo así, y el Señor General Díaz, después de contestarlas, tuvo, como le es habitual, frases oportunas para cada uno, durante la conversación que siguió.

Por la noche debían quemarse en la Plaza de la Constitución, unos fuegos de artificio y efectuarse una gran serenata. El Sr. Lic. Mariscal, á nombre del Señor General Díaz, invitó á los Señores Delegados para que asistieran ellos y sus familias al departamento de la Presidencia, y presenciaran desde los balcones del Palacio, el espectáculo pirotécnico y escucharan la audición musical.

Antes de abandonar el salón se repartieron bien impresas tarjetas con el derrotero que debían seguir en la noche, hasta la puerta central del Palacio, los carruajes de los invitados.

* *

Desde la esquina de la calle de Plateros hasta la entrada del Palacio Nacional, un Batallón de Infantería, uniformado de gala, se situó formando valla para facilitar el paso de carruajes.

La Plaza de la Constitución presentaba animado aspecto luego que principió á caer la tarde, siendo torrentes de personas las calles inmediatas.

Las torres de la Catedral despedían infinitos destellos de su artística instalación eléctrica, que luce por principal adorno, hermosísima águila de focos tricolores, con la tradicional serpiente.

La fachada del Palacio Municipal estaba convertida en ascua de oro: millares de focos incandescentes tachonaban los medios puntos de sus portales, las cornisas y los balcones.

El exterior del Palacio del Ejecutivo, se iluminó con poderosos focos de arco; en toda la línea de balcones derramaban pálidos destellos multitud de guarda-brisas, verdes, blancas y rojas.

Al Poniente, el edificio del Centro Mercantil, presentaba como adorno vistosísimo, culebrillas de luz que se entrosocaban en las hermosas columnas de aquella construcción,

Hilos de farolillos venecianos se tendieron en los árboles del jardín de la Constitución atravesando las callecillas que parecían tener luminoso toldo.

* *

En la calle que da al frente del Palacio Nacional, se colocaron más de cinco mil asientos, y desde una hora antes que principiara la fiesta, se hallaban todos ocupados por familias. En dicha calle se levantó una plataforma adornada con trofeos y con ondeantes pabellones, capaz de contener al personal de las bandas de Zapadores, Artillería y Estado Mayor.

Esas músicas, las mejores del ejército, tenían á su cargo la parte de concierto.

A las ocho y media comenzó el paso de los lujosos carruajes que atravesaban la valla de honor, ante una compacta muchedumbre. Briosos corceles á gran trote, arrastraban los charolados vehículos guiados por cocheros de librea, y después de penetrar al Palacio se detenían al pie de la rica escalera de la Secretaría particular del Presidente de la República.

Alfombra color del almendra y pasillos rojos, prendidos á los peldaños por varillas de níquel, cubrían la escalinata. La iluminaban blancas pantallas en caprichosos grupos, sostenidas por candelabros de bronce de metro y medio de altura.

El Gobernador Militar y el Intendente del Palacio, con el Introdutor de Embajadores, á la entrada del departamento de la Presidencia, recibían á las personas invitadas, conforme iban llegando, y las acompañaban al Salón Amarillo, en donde se encontraban el Señor General Don Porfirio Díaz y su muy distinguida señora, Carmen Romero Rubio; los Señores Se-